

**Papá y yo caminamos** por la amplia y helada Leninskiy Prospekt. Es mi zona favorita de Leningrado. Tengo diez años y he visto cien veces el reloj dorado inglés en forma de pavo real que hay en el Hermitage, hechizado con las alas mecánicas del ave y las setas bailarinas de veinte quillates que tanto gustan a los alumnos de cuarto grado. (Con cosas como ésas, ¿quién necesita darle al LSD?) Pero la parte vieja de San Petersburgo no es para mí. Soy un ciudadano del futuro.

Estamos en el futuro. O más bien en el presente. Es lo mismo. Edificios de apartamentos llegados de la Galaxia de Andrómeda: largas hileras de pisos imponentes de un color grisáceo intergaláctico, flanqueadas por torres de diez plantas en las que pesan sobre nosotros palabras como "¡gloria al trabajo socialista!" y "¡la vida vence a la muerte!" en mayúsculas fabulosas. Llamamos a esos nuevos apartamentos *karablyi*: barcos.

Naves espaciales, diría más bien, yo que he leído a Ray Bradbury e Isaac Asimov, y a cualquiera que los censores hayan dejado colarse en el país. No es necesario que me lo digas dos veces: han aterrizado extraterrestres llegados de Andrómeda y nuestro barrio está preparado para despegar rumbo a las estrellas.

—¿Llevas puesto tu traje de astronauta? —pregunta papá.

—¿Ha llegado la hora del Planeta de los Judíos? —respondo.

—¿Qué te he dicho? —Papá bebe un gran trago de su botella—. Ponte el traje de astronauta, renacuajo, y vamos allá.

Hago ver que me pongo el casco y mis cosmogalochas. Estamos a veinte grados bajo cero, los barrederos se han quedado dormidos en algún lugar y han dejado medio metro de nieve de enero para que nos la pateemos, así que, sin duda, estamos pisando una de las lunas exteriores de Júpiter y los edificios de apartamentos son enormes precipicios de granito entre los que aúlla el viento de Io.

Me he pasado todo el día sonando con el Planeta de los Judíos.

Es mucho mejor que mi plato habitual: los clásicos soviéticos sobre Timur y su grupo de comandos rojos. Creo que mi padre es el H. G. Wells de nuestro tiempo.

Papá empieza con una batalla. Está muy alborotado, no para de saltar, prácticamente se cae sobre la suave nieve que todo lo perdona, su *shapka* inclinada, su baba formando un arco helado en el resplandor fosforescente de las farolas y nuestra chabacana luna soviética.

¡Una batalla! Los judíos están siendo atacados por doce cruceros galácticos tipo Brezhnev que los Eslavos del Espacio han lanzado contra el magnífico planeta estraperlista de los judíos, donde puedes cantar el Kadish de los huérfanos a grito pelado y conseguir coñac Hennessy y calzoncillos de algodón suaves como la seda (y además a buen precio; te sorprenderías). En esta ocasión los judíos están rodeados; ni siquiera Sharansky, el Líder Supremo, esperaba un ataque así y se ha escondido en el *mikva* de su esposa (un baño ritual para las niñas, explica papá), llorando en su *yarmulke*, el muy cobarde.

—Quizá el Capitán Boris pueda cargar el escudo del Sputnik con su pinga espacial circuncidada —digo—. Así protegerá la ionosfera.

Siempre se puede contar con el Capitán Boris para salvar la situación, mientras el Líder Supremo Sharansky se pavonea delante de los periodistas extranjeros, con su ingenio e ideas profundas, el niño bonito

del universo libre.

—Bueno, eso es lo que tú crees —dice papá bebiendo un gran trago de su botella—, pero antes de que el Capitán Boris pueda quitarse la ropa interior, ¡pumba!, los gentiles empiezan a bombardear el planeta con torpedos espaciales hechos con *salo* —el *salo* es manteca de cerdo salada, grasa, el pariente grumoso del sebo inglés. Untado en una rebanada de pan de centeno y seguido de un pepino crujiente, el *salo* es mi comida favorita de todos los tiempos, pero últimamente las

historias de papá sobre el Planeta de los Judíos a menudo contienen una moraleja contra este excelente alimento básico de Rusia. (Sólo tengo diez años pero la idea de un Dios que niegue el *salo* a su pueblo me parece cruel y exagerada.)

—¿Y qué pasa después? —pregunto.

Pero papá ha dado la vuelta y está mirando a lo lejos en la nieve, donde una pequeña figura, enfundada con lo que parecen varios abrigos, se aproxima lentamente.

—¡Ajá! —dice papá con una sonrisa que agrieta sus labios helados—. ¡Mira! ¡Me están siguiendo! —Me agarra del brazo y me arrastra hacia la figura, con mis cosmogalochas y todo, y esta, al acercarnos, mira a la izquierda, luego a la derecha y finalmente cae de espaldas:

—¡Eh, tú! —grita mi padre—. ¿Conque siguiéndome a mí y a mi hijo, sinvergüenza de la KGB? —Tengo miedo pero papá rie: Vamos a divertirnos —me susurra guiñándome un ojo.

La figura se detiene y extiende sus manos enguantadas como si papá estuviera a punto de darle un tortazo en los labios. Dos pequeños ojos azules, llorosos por el viento, nos miran fijamente desde el interior de una bufanda enrollada en la cabeza como haría una *babushka*.

—¿Por qué me gritas, camarada? —le dice a papá con una pronunciación descuidada que me recuerda al portero de nuestro edificio, Shurik El Borracho—. Voy de vuelta a casa, eso es todo. Vivo en...

En casa, papá da unos pasos tan fuertes con sus galochas que desde el piso de abajo la mujer de Shurik El Borracho amenaza con volver a llamar a la milicia.

—¿Es que no soy nadie? —grita papá.

Mi madre, que es la mujer más culta del edificio, licenciada tanto por el Conservatorio como por la Academia de Bellas Artes, se acerca con una sartén y simula golpear a papá en la cabeza.

—Nadie te sigue —le dice—. No eres un disidente. No le importas a nadie.

Me escondo en mi rincón junto al televisor destrozado, que contiene el alijo clandestino de *matzo* de papá, intentando leer la historia de Timur y su grupo de comandos rojos y de cómo se burlan de los invasores Nazis una vez más.

—¡Pégame! —grita papá—. ¡Adelante! ¡No quiero vivir! ¡Putá! ¡Te voy a arrancar las tetas!

—¡Mbécil —dice mi madre en voz baja y educada.

Con su suéter hecho a mano (basado en un diseño italiano copiado de una revista alemana traída clandestinamente por un amigo polaco), sus ojos de un azul apagado como el Palacio de Catalina, moviendo la sartén tan hábilmente como si fuera una raqueta de tenis, mi madre es la mujer más hermosa que he visto en mi vida:

—¡Ojalá te metieran en un campo como a Sharansky —añade—. Lo primero que haría sería comprar un frasco de *salo* y comérmelo con pepinillos en vinagre.

—¡SOMOS JUDÍOS! —grita papá su mantra.

—¡ERES IDIOTA! —grita la mujer de Shurik El Borracho desde el piso de abajo.

Mi madre baja la sartén. Examina a mi supino papá, determina que se ha quedado sin respiración o sin vitriolo o, lo que es más probable, sin alcohol, y luego regresa a la habitación donde pronto oímos el repicar de su máquina de coser americana. Quiero leerle en voz alta del libro sobre Timur, la artillería de su máquina de coser es un telón de fondo ideal para la batalla en cuestión, pero no quiero dejar solo a papá. ¡Pum! ¡Pum! Dibujo una línea de puntos desde una ilustración en la que Timur sostiene un rifle hasta el dibujo de un soldado alemán en la página opuesta. Éste está muerto.

**Papá me hace una seña** para que vaya a ayudarlo.

—¡Que me envíen al *gulag*! —dice mientras muevo su mole para que pueda sostenerse a cuatro patas en este mundo—. Les diré a mis parientes de América que dejen de enviarle paquetes. Ya veremos cuánto *salo* compra entonces.

Pero mientras señala una hilera de pisos futuristas de diez plantas, pierde el equilibrio y cae bruscamente sobre la nieve.

—¡Estás borracho! —exclama papá—. ¡Me han enviado a un borracho!

—Mientes, camarada —dice el hombre caído—. ¡Eres tú el que está borracho, y además delante de tu hijo! Debería arrastrarte a la comisaría más cercana...

—¡Escucha a este borracho! —dice papá escupiendo en la nieve—. ¡Toma! ¿Quieres? —Enseña al hombre la botella. Me escondo detrás de papá, aspirando el olor de su abrigo, la mezcla de carbón, escarcha y conejo muerto.

# el planeta de los sopnif

El hombre caído mira la botella como si la mismísima Gina Lollobrigida hubiese venido por Leninskiy Prospekt desnuda y le hubiera pedido que la montara en la nieve. "Aaaah –dice–, ¿Aaaaaah?". Repta hacia papá y hacia la botella, y luego consigue mantenerse de pie. Ahora puedo oler su aliento mezclándose con el de papá; es el olor familiar de un tranvía lleno de gente por la mañana.

—Rrrrr... –dice el hombre–. Soy... –señala un pequeño alfiler azul que brilla barato en su abrigo rasgado–. Soy mmm... –mira otra vez la botella que le ofrecen–. Soy... mmmm... miembro de la Sociedad Sindical de Abstemios... Cada miércoles celebramos una reunión sin alcohol en el baño de hombres de la estación de Finlandia. Comemos sardinas y pan tierno y... tomamos z-z-z-zumo de manzana... ¡Ven a verlo por ti mismo!

Papá tira la botella al suelo:

—¡No puedo creer que hayan enviado un borracho a por mí! –grita–. ¿Qué soy... un don nadie? ¿Quién desfiló delante de la sinagoga el viernes pasado gritando SOMOS JUDÍOS? ¿Quién? ¿Sharansky?

—No sé nada de tus actividades sionistas, camarada –dice el hombre, sus ojos, como los de mi padre, fijos en la botella caída, ya cubierta por una fina capa de nieve–. ¿Y de dónde has sacado ese sombrero de piel tan bonito? A lo mejor eres especulador además de sionista. Una vergüenza para tu hijo...

—Anda, vete a la mierda de una vez –dice papá, recogiendo su botella y destacándola una vez más.

—¡No, te vas tú a la mierda, camarada! –grita el hombre insultado mientras empieza a saltar hacia uno de los edificios, mirando la botella plateada mientras papá la vacía.

**Papá se arrastra** hacia el sofá bajo la alfombra uzbeka bordada con pájaros y animales de aspecto primitivo que tanto me desconcertaba cuando era pequeño.

—Vendrás a visitarme al *gulag*, ¿verdad? –pregunta mientras intenta estirar las piernas en el sofá. Por los dos cilindros torcidos de su nariz escapan pequeños silbidos. Su cuerpo redondo desprende el calor de una compresa de mostaza. Tiene la cara amarilla y negra.

—Quizá *mamen'ka* deje que me mude contigo a Siberia –le digo.

—Perderé algo de peso –dice papá–. Hay gente que está hecha para la cárcel. Compartiré una litera con Sharansky, ese hijo de

puta de Moscú, y pasaremos la noche hablando de Eretz Yisroel, del día en que jugaremos a voleibol en las playas de Tel Aviv con unas tías israelíes morenas, pasaremos los viernes hablando de la Cábala con los místicos de Safed. Sharansky me comprenderá. Nos tomaremos una botella de vino *kosher* la víspera del *Sabbath* y luego dos más a la mañana siguiente. Lo convertiré en un borracho apestoso, ¡ya verás que sí!

—Sé que lo harás –le digo a papá–. Tus historias son mejores que las de H. G. Wells.

—¿Quieres ir a orinar al perro antisemita? –pregunta papá.

—Quizá más tarde –le digo.

—Eres mi mejor amigo –dice papá–. Tener amigos es importante, no lo olvides. También soy el mejor amigo de tu madre y ella ni siquiera lo sabe.

—Siberia va a ser divertido –le digo–. Nos perseguirán los osos... Comeremos setas y bayas para cenar... El Planeta de los Judíos día y noche.

—Así será –dice papá. Me agarra por el cuello de la camisa y hace como si fuera un perro, lamiéndome la cara hasta que no puedo respirar; el olor a vodka me deja hecho polvo–. ¡Ey, ey! –grita–. ¡Mira en qué me he sentado! –Saca una copia de la *Guía sindical para el desarrollo de los chicos*; un libro muy usado con el dibujo de niños de seis a doce años totalmente desnudos en la cubierta, con sus caras de Yuri Gagarin en miniatura, soñadoras y heroicas, y sus pequeños escrotos progresivamente más grandes. Papá pasa las páginas rápidamente hasta llegar a la cuarenta y seis, la temida página sobre el desarrollo de los genitales–. ¡Ajá! –dice señalando el saco de mercancía reseca catalogado como varón de Leningrado a los diez años de edad–. ¡Veamos qué tienes para enseñarme! ¡Veamos la pinga espacial sin circuncidar del cabo Sasha!

Está sobre mí. Me retuerzo en el sofá, cubriéndome con las manos. Intenta abrir mis brazos. Los dos gritamos como locos, avergonzados y alborotados a partes iguales. El libro cae al suelo. El hedor de su sobaco en mi nariz. Sale mi madre con la sartén.

Es hora de irse a la cama.

**Y ahora** unas cuantas palabras sobre el perro antisemita. Bublik era un terrier inglés hiperactivo de color amarillo y marrón que perseguía su propia cola con un único propósito: crear la apariencia borrosa de un *bagel*

amarillo cubierto de semillas de amapola (que en ruso se llama *bublik*). El perro había sido programado genéticamente para perseguir urogallos en la campiña inglesa pero en algún momento de su vida las cosas se habían torcido mucho y ahora se encontraba en un ceremonioso patio de Leningrado, rodeado de carámbanos, aguanieve sucia, botellas de vodka vacías y los eructos del trolebús al pasar. Mi padre tenía claro que Bublik era antisemita. Su dueño era el Coronel Bezpredelkin de la KGB de Leningrado, un hombre apenas capaz de dirigirse a los humildes residentes de nuestro edificio desde su espeso bigote plateado, un hombre que incluso en plena tormenta de nieve, a mediados de febrero, permanecía tan quieto y callado como una columna de malaquita en el Hermitage. Según Shurik El Borracho, que competía con mi papá por el título de Alcohólico Más Empedernido de nuestro edificio, en una ocasión, el hasta entonces silencioso y altivo coronel compartió una botella de Año Nuevo con él, y en plena alegría le contó que había enseñado a su Bublik a reconocer a los judíos por su olor a ajo y a ladrarlos con especial furia.

Nunca sabremos por qué mi padre decidió escuchar a Shurik El Borracho (¡vaya nombre!) y tomarla con Bublik, pero, en defensa de papá, el perro se embarcaba en un ataque de ladridos cada vez que un judío con olor a ajo pasaba junto a él y, francamente, su ladrido frenético sonaba como "Ev...ev...ev...ev...ev..." seguido de un gruñido "RRRRRRRRRR...RRRRRRRRRR"; *evrei* significa judío en ruso.

Así que mi padre decidió que deberíamos orinarnos en él. En el pueblo ruso psicológicamente destruido en el que creció mi padre, cazar al adversario y orinarse en él se consideraba el equivalente a una *vendetta* siciliana. Era en realidad el non plus ultra de la venganza. Una noche, mientras mi madre dormía a pierna suelta y disfrutaba de sus sueños cultos y papá estaba completamente borracho y listo para meterse en líos, nos apoderamos de una caja de madera y salimos a arreglar nuestras cuentas pendientes.

El Coronel Bezpredelkin era bueno con Bublik. Sabiendo de la inclinación del perro a estar al aire libre, dejaba a Bublik merodear libremente por el patio cuando hacía buen tiempo. Así que la presencia de Bublik era algo habitual en nuestro jardín de mierda; algunos niños del barrio, conscientes del

pedigrí excepcional de su dueño, incluso lo saludaban al pasar.

Un día de abril anormalmente cálido y seco, encontramos a Bublik lamiendo sus partes favoritas bajo el roble solitario del patio con la expresión pensativa de un *connoisseur* al conceder una tercera estrella Michelin. Papá avanzó hacia él a trompicones sosteniendo un trozo de salami de cerdo con los dedos. Intrigado, Bublik dejó su pequeño apéndice rosado. Al acercarse a nosotros el bello animal, con su tronco delgado y su cola perfectamente cortada, dio un único ladrido, "¡Evl!" y gruñó levemente, "RRRRRRRR".

—Te voy a dar judío yo a ti –dijo mi padre entre dientes. Le enseñó el salami y Bublik le siguió de acá para allá manteniendo la cabeza baja como si buscara el olor a ajo de mi padre. Yo le seguí con la caja de leche, mientras el corazón me latía con fuerza en la boca, como hacía siempre que participaba de la vida fantástica de mi padre–. ¡Al cohete! –susurró mi padre. El cohete especial del espacio del cabo Sasha era un tubo de desagüe tirado a lo ancho de un edificio vecino. Bajo el cohete se había cavado una pequeña zanja que los hombres del patio habían convertido rápidamente en un receptáculo improvisado para colillas y botellas de cerveza. Papá dejó caer el salami en la sucia fosa, esperó a que Bublik olisqueara cómo llegar hasta él y me dijo: ¡Ahora, cabo!

Como si me estuviera preparando para mi inminente aumento de peso, había desarrollado un modo de andar único en el que me impulsaba con repentinas sacudidas, como si estuviera meneando una larga cola tras de mí. Para la maniobra en cuestión, mi cola imaginaria resultó ser de gran ayuda. Corrí rápidamente hacia el perro, me lancé sobre Bublik y, con la eficacia de un afroamericano de primera depositando una pelota de baloncesto, de un manotazo coloqué de lleno la caja de leche sobre el animal.

Mientras papá mantenía su bota sobre la jaula improvisada, observamos el perro por los dos agujeros que habíamos cortado en el receptáculo. Bublik, distraído por un momento por la oferta de salami, giró sobre sí mismo y empezó a gruñir con ese sonido bajo y humillado dado por la pérdida de la libertad, una especie de himno soviético no oficial. Papá sacó su polla bulbosa y arrugada, apuntó a uno de los agujeros que había en la caja y, con una expresión de perfecta

vendrás a visitarme

satisfacción que le había sido negada durante mucho tiempo, empezó a cantar: "¡Esto es por Israel... Esto es por Moshe Dayan... Chai, chai, chai, am Yisroel chai...!"

Bublik no podía creer lo que le estaba sucediendo. Una vida de mimos, aprobación, sobrealimentación con los mejores pedazos de riñones de cordero y ternera, y de cuidados de los mejores veterinarios de Leningrado, y ahora, después de pasar una cálida noche de primavera lamiéndose su pinga rosada y aullando a la luna, un *evrei* borracho estaba orinándose en su distinguido hócico de dos cañones.

El perro respondió como lo haría cualquier alto cargo soviético en las mismas circunstancias. "¡JUDÍO! ¡JUDÍO! ¡JUDÍO! ¡JUDÍO! ¡JUDÍO! ¡JUDÍO! ¡JUDÍO!"

—¡Rápido! —me gritó papá—. ¡Ahora te toca a tí!

Me bajé los pantalones y, como disculpándome, me cubrí delante de papá. Comparado con la *Gula sindical del desarrollo de los chicos*, a mi pene le faltaban unos tres centímetros para llegar a la media. Quizá por eso, por mucho que me esforcé, no salió más que un débil chorrito infantil.

—Te dije que no orinaras antes —dijo papá regañándome—. Te dije que guardaras algo para Bublik.

La caja de leche tembló bajo el pie de mi padre. Se encendió la luz en la ventana del Coronel Bezpredelkin.

—¡Bublichka! —gritó el hombre habitualmente imperturbable—. ¡Bublichka! ¿Qué pasa, pequeño?

—¡Corre, cabo! —dijo papá. Dimos una patada a la caja de leche, soltando al terrier desconcertado y lleno de orina. Corrimos hacia la calle y nos caímos uno sobre el otro junto a la luz mortecina de una tienda de comestibles que tenía las estanterías vacías. Los brazos de papá casi me aplastaron mientras reíamos y gritábamos y bailábamos, a cuatro patas, en el asfalto agrietado de la calle en ruinas:

—¡Somos libres! —gritó papá—. ¡Somos libres!

—Orinaré en él la próxima vez, papá —prometí diligentemente—. Ah, vaya si me voy a mear en él.

—¡Te quiero, hijo mío! —dijo papá llorando de felicidad—. Todo lo hago por ti. Por ti y por Am Yisroel.

—SOMOS JUDÍOS —susurré su mantra mágico y pronto empezamos a corearlo juntos. Nuestras voces se elevaban en la oscuridad sucia, como si pudiéramos despertar hasta el último camarada de su estupor nocturno y hacer que nos escuchara, nos quisiera e incluso nos temiera.

El Coronel Bezpredelkin nunca averiguó quién se había orinado en su Bublik, aunque dio un discurso venenoso en la reunión del comité del distrito local sobre el tema "¿Quién es el verdadero animal que hay entre nosotros?". Mientras tanto, algo había cambiado en papá. Bebía menos. Evitaba las peleas con mi madre. Y pasaba mucho tiempo con sus grandes ideas. Los americanos habrían dicho que orinarse en el perro antisemita le había investido "fuerza". El coronel ya no permitía que Bublik jugara en el patio, pero papá y yo seguíamos ideando nuevas formas de orinarnos en el pobre animal, mientras papá ampliaba sus actividades con una larga tradición soviética: escribía cartas anónimas a los superiores del coronel en la KGB quejándose de que un hombre con un cargo como el de Bezpredelkin tuviera un terrier inglés, "un asesino y cazador de zorros asociado a un enemigo de clase, un miembro de la Gestapo con patas". Pero papá no había siquiera empezado. Quería ser reconocido. Quería ser admirado. Así era él. Según mi madre, le había entrado el pánico después de que yo naciera, porque sentía que estaba a punto de ser desplazado irrevocablemente del escaso afecto de mi madre. Del mismo modo, en mi adolescencia, cuando me convertí en un judío gigantesco y rubicundo, se sintió reducido por contraste, como el mono de circo encadenado a un elefante.

Años después del primer incidente con Bublik notaba que mi querido papá seguía tramando algo extraordinario, pero nadie se esperaba lo que sucedió entonces. Después de salir en libertad de la prisión, papá me dijo que había considerado varias situaciones que tenían que ver con la orina, un perro y la Casa Grande, la enorme central de la KGB en Leningrado que incluso hoy día estropea la bella ribera sur del río Neva. Primero quería

secuestrar a Bublik y orinarse en él frente a la Casa Grande, luego al coronel y mearse en él delante de Bublik, luego en Bublik y el coronel a la vez... Total, que podemos sentir compasión por el gato aterrorizado y completamente inocente que mi papá acabó desgraciando frente a la central de la KGB mientras cantaba su típico "Am Yisroel Chai". (El Coronel Bezpredelkin y Bublik hacía tiempo que habían sido trasladados a Moscú.)

El vandalismo, el cargo menor por el que mi papá había sido condenado, reflejaba el ambiente de la época. Papá había esperado tanto para ejecutar su plan que ya no estaban ni el coronel, ni Brezhnev, ni sus sustitutos disecados. Había llegado la Glasnost. Gorbachov estaba al mando, el prisionero de conciencia Natan Sharansky estaba libre y

vivía en Israel, y las autoridades querían evitar la cuestión judía todo lo posible. Así que después de considerar

la idea de enviar a mi papá a un hospital psiquiátrico, acabaron por acusarle de vandalismo, que no tenía ninguna carga política.

**Cuando dejaron salir a papá,** yo ya era un adolescente enorme, de ciento veinte kilos, con unos grandes puños blandos que podían hacer justicia a mis enemigos en el patio de la escuela; aquellos que se cebaban en los judíos; los chicos grandes con uñas largas y una nuez enorme que solían tirarme al suelo y tocar el himno soviético en mi cabeza con mazas de xilófono ("Unión irrompible de repúblicas soberanas... Tra la la la..."), pero que ahora cruzaban al otro lado de Leninskiy Prospekt cuando pasaba junto a ellos. "Meaperros", me llamaban mis escasos amigos en honor a las hazañas de mi padre, un apodo que yo llevaba con orgullo.

Papá salió en 1992, el año en que la URSS se clausuró sin ceremonias para dejar paso a algo más rentable. Yo estaba con mi madre, de pie junto a la puerta de la cárcel, masticando un *bagel* sin demasiado entusiasmo. Mi madre estaba en la etapa intermedia del cáncer de garganta que acabaría con su vida, con voz ya silenciada y

los dedos demasiado temblorosos para blandir la sartén que solía mantener a raya a mi padre. Un monumental Volga sedán, el modelo que cada día solía llevar al Coronel Bezpredelkin al trabajo, esperaba junto a la acera. Imaginamos que aguardaba al mismísimo director de la prisión.

Lo primero que advertimos fue su modo de andar. Erguido y formal, papá se dirigía a nosotros con las puntas de una bufanda de cachemira nueva que se movía lentamente hacia sus genitales. El amarillo y el negro habían desaparecido de su rostro, dejándolo sonrosado y con aspecto de recién nacido, con una leve sombra alrededor de los ojos. Mis gordos pies me impulsaron hacia él ("¡Papochka!", grité), hasta que me recogió su abrazo, rodeado por su bella risa judía y la cara loción alemana after-shave que flotaba a su alrededor. Acababa de tatuarse la estrella de David en una de las palmas. Otra mostraba una calavera con alas de águila, el signo de autoridad de un criminal en ciernes. En la muñeca vi las palabras "súper jefe" mal escritas en inglés.

Tres de los antiguos compañeros de celda de papá salieron del Volga sedán, todos ellos de piel oscura y cabello rizado, uno con un gorro étnico de lana. Aquellos tipos podían vaciar un gaseoducto, lanzar una mina a un vehículo en marcha, secuestrar al abuelo inválido de un enemigo, ganar una elección provincial. Saludaron a mi padre con respeto, trescientos kilos de músculo georgiano y checheno en busca de un cerebro judío que los guiara.

Papá dio un paso atrás y miró a su hijo gordo y lloroso, luego a su esposa silenciada y moribunda; después hacia arriba y a lo lejos, al país medio muerto que le rodeaba. Lentamente, el Planeta de los Judíos giraba sobre nosotros en el cielo contaminado, se liberó de su órbita y se alejó flotando por el cosmos. Los torpedos espaciales habían fallado su objetivo. El escudo de Sputnik había sido desactivado. Nos habíamos quedado solos los unos con los otros.

**Gary Shteyngart  
Leningrado 72**

## ¿verdad?